



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 18001

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
gero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
16 de cada mes.—Las correspondencias a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 14 DE MARZO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Dorette, rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.



EL SEÑOR

Don Angel Bruna Egea

DEL COMERCIO DE CARTAGENA

y Alcalde Presidente que fué de este Excelentísimo Ayuntamiento

Falleció el 7 del corriente mes

Después de recibir los Santos Sacramentos y la hendiçión de Su Santidad

Todas las misas que el miércoles, día 15, desde el alba á las doce tengan lugar en el altar mayor de la Parro-
quia de Santa María de Gracia, serán aplicadas por el eterno descanso del alma del finado, así como los solemnes
funerales que tengan lugar el jueves, 16, á las diez de su mañana en la referida iglesia.

La vela y alumbrado del día 15, tendrán igual aplicación.

*Su viuda, hijos y demás familia, invitan á sus amigos á asistir á
tan piadosos actos, por lo que les guardarán un profundo y eterno
agradecimiento.*

Cartagena 13 Marzo 1905.

El Excmo. é Ilmo. Nuncio de Su Santidad y diferentes prelados tienen concedidas las indulgencias acostumbradas, á los que concurran
á estos sufragios.

do y presidente del jurado de Chartres, no le olvi-
dó.

Sin duda alguna al hacer esta revelación no había
tenido Daniel el pensamiento de intimidar á Francis-
co; pero éste, al conocer la nueva dignidad de su in-
terlocutor, no pudo reprimir un estremecimiento im-
perceptible.

En frente se oscureció y su mirada inquieta giró
furtivamente en derredor suyo, como buscando una
salida; pero aquella impresión fué momentánea, y
aun antes de que pudiera ser notada, la enérgica vo-
luntad de aquel hombre había recobrado su imperio
sobre sus nervios de acero. Se contrió de nuevo y dijo
con aplomo:

—Muy bien, señor Ladrage; con eso podréis des-
cubrir á los infames foragidos que tanto males nos
han causado, y si lo conseguís, os querré todavía
más... Si, si, si, los he visto... os quiero desde hace
mucho tiempo, y ya que á ello me obligáis, voy á
daros pruebas. ¿No habéis nunca sospechado quién
estableció la fuga en la barca de Gournamou, quan-
do el cabo Vasseur os condujo á Chartres para entre-
garos al tribunal revolucionario?

—¿Faleste acaso vos?—preguntó Ladrage.

—¿Y quién, si no, se hubiera atrevido á arriesgar
su vida por salvaros? Sabed, primo Daniel, que yo no
había olvidado el servicio recibido cuando me encon-
trasteis herido y medio muerto á la orilla del camino
del Brenil.

Vuestra filantropía, vuestros generosos auxilios
espantaron mi vergüenza; la confianza que me dis-
ponísteis después, al encomendarme un importante
asunto de familia, acabó de ganarme mi cariño; y lue-
go, vuestra posición era tan triste, estas dignas seño-
ras eran tan desgraciadas, que resolví hacer un es-
fuerzo extraordinario para arrancaros de las garras
del qabo.

Me contenté con anunciaros de una manera ambi-
gua la posibilidad de un auxilio; pero en cuanto me
separé de vosotros, me puse inmediatamente á traba-
jar para disponer el golpe de mano, cuya ejecución
visitéis dos días después.

La profesión de mercader ambulante me ponía en
contacto con toda clase de gentes; me dirigí, pues, á
una partida de pobres diablos que vagaban por el
país y les decidí á entrar en mis planes. Ya sabéis có-
mo salimos de la empresa y que Vasseur y sus gen-
darmes se quedaron con un palmo de nariz.